

La flora del Nuevo Mundo en los escritos de los primeros cronistas: problemas y soluciones

RESUMEN:

El descubrimiento de América supuso un reto científico de notable envergadura. Además de continuas expediciones en busca de territorios desconocidos, libros de antaño como la Historia Natural de Plinio el Viejo ayudaron a dar una imagen que se pretendía precisa de las novedades y mirabilia, como vemos en las crónicas y documentos relativos a tales viajes. En su intento de describir y explicar esas nova, los escritores tuvieron que superar múltiples obstáculos de orden lingüístico, como se muestra en el presente artículo.

PALABRAS CLAVE: *Botánica, Plinio el Viejo, Pedro Mártir de Anglería, Antonio de Nebrija, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco Hernández.*

ABSTRACT:

The discovery of America was a scientific challenge of a huge magnitude. On top of continuous expeditions in search of unknown territories, old books such as the Natural History of Pliny the Elder helped scholars to give a so-intended accurate image of new facts and mirabilia, as shown by chronicles and documents related to those trips. Trying to describe and explain all these nova, writers had to overcome many linguistic obstacles, as pointed out in the present article.

KEYWORDS: *Botany, Pliny the Elder, Pedrus Martir de Angheria, Antonio de Nebrija, Antonio de Nebrija, Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco Hernández.*

El Nuevo Mundo forzó una revolución epistemológica en el ámbito académico europeo, ya que había que encajar en la estructura establecida las novedades que llegaban de continuo del otro lado del Atlántico. De las expectativas iniciales de los expedicionarios y de quienes habían animado o financiado sus viajes, se pasó a una nueva realidad mucho más sorprendente de lo que cabía esperar, pues los *mirabilia* se ofrecían por doquier. De nada había servido repasar la literatura alusiva a Oriente, con la gesta militar de Alejandro Magno, la aventura comercial de Marco Polo o el heroísmo cristiano de los arrojados frailes misioneros. Todo se antojaba y era, de hecho, nuevo a los ojos de los españoles: había que aparcar la zoología tradicional, con el *De animalibus* aristotélico, los bestiarios medievales y un Plinio el Viejo que comenzaba a extenderse por toda Europa; de poco servían también el mismo Plinio, el *Macer floridus* o el *Hortus sanitatis* a la hora de establecer una primera taxonomía en materia botánica.

España y, más tarde, Europa toda iniciaron una empresa erudita con carácter urgente; se dieron a unas pesquisas que, si inicialmente se ofrecían como simples flecos en los viajes en pos de metales preciosos o de especias, en breve acabarían por tener entidad por sí solas. Primero los propios conquistadores y de inmediato los intelectuales españoles tras pasados a América mostraron su interés por esa naturaleza nueva, sorprendente, amiga y encarnizada enemiga a un tiempo; al punto, se despertó el deseo de conocer, comprender y dominar ese entorno tan remoto y atractivo. Esa empresa erudita no se ha cerrado: sigue activa a día de hoy, estimulada ahora por las prisas y el ansia derivadas de la destrucción de un medio natural en el que muchos adivinan ocultos distintos remedios (simples de origen vegetal) que servirán para curar las enfermedades que torturan a la población mundial de nuestros días. Revisemos juntos algunas noticias especialmente reveladoras, que se sitúan justo al principio de esos descubrimientos.

Desde la Antigüedad, se había construido una teoría del conocimiento, transmitida a través de los libros, que sancionaba

como una verdad inmutable todo aquello que había quedado fijado mediante la escritura. Los viejos *auctores* habían legado a la posteridad una visión del mundo que debía ser aceptada y tal vez, en algunos aspectos, perfeccionada por los sabios del presente (huelga recordar el doble lugar común, medieval el primero y renacentista el segundo, que lleva de enanos en hombros de gigantes a antiguos y modernos). De ese modo, en las aulas se enseñaba a partir de textos, escritos por supuesto en latín, que contenían en sí todo el conocimiento y la experiencia intelectual del universo físico y espiritual. El mundo era descrito y conocido no tanto a través de la vista o la percepción sensorial como a través de los ojos de la mente y de la memoria. La razón, previamente entrenada mediante la dialéctica, era el instrumento que permitía la comprensión del entorno y del mundo en general: las grandes verdades estaban escritas y sólo se precisaba desentrañarlas.

Justo al principio de esta gran revolución cultural y epistemológica, la revalorización de la Gramática, con el consiguiente dominio del latín clásico, y la difusión de estos hallazgos a mayor escala gracias al concurso de la imprenta coadyuvaban de manera significativa al despertar científico. Así, las nuevas lecturas y estudios sembraron las dudas en torno a los *auctores*, paso inicial para el desarrollo del “conocimiento científico”, nacido de un fructífero ejercicio de contraste entre lo escrito y lo visto: de algún modo, había que validar lo que los textos decían, traer al presente los relatos del pasado y actualizarlos. En este contexto tan favorable al estudio, muchos de los espíritus más despiertos quisieron medir sus fuerzas en el estudio y explanación de la *Naturalis historia* de Plinio el Viejo, una verdadera enciclopedia que, como exponía su autor en el prefacio, pretendía abarcar todos los campos del saber¹; aquí se incluían amplias secciones dedicadas a la zoología (VIII-XI) y la

1 Sobre la pervivencia y el conocimiento de Plinio el Viejo a lo largo de la Edad Media y Moderna, es imprescindible el trabajo de C. G. Nauert, “Caius Plinius Secundus”, en P. O. Kristeller-F. E. Cranz-V. Brown, eds., *Catalogus Translationum*

botánica (XII-XIX); a ellas había que añadir algunos libros sobre los medicamentos obtenidos a partir de las plantas (XX-XXVII) y de los animales (XXVIII-XXXII). La obra ofrecía a los hombres del momento un sinfín de novedades y permitía ampliar de manera insospechada los conocimientos sobre ese mundo natural que se antojaba tan atractivo.

Un hito indiscutible en ese redescubrimiento pliniano fueron las *Castigationes plinianae* (1492) de Hermolao Barbaro; a este erudito debemos también un importante trabajo naturalista, el *Corollarium*, que, partiendo de Dioscórides, revisa toda la producción botánica y zoológica de Grecia y Roma, al tiempo que persigue la identificación, incluso en lengua vulgar, de las plantas y animales allí mencionados². En esa labor de edición, comentario y estudio directo de los grandes tratados clásicos sobre materias técnicas, botánica o zoología, se dieron la mano –y no siempre amistosamente– gramáticos (expertos en latín y en griego) y profesionales, en especial algunos médicos, que en virtud de su formación universitaria conocían bien el latín e incluso el griego. La polémica estuvo servida, ya que los gramáticos arremetieron con frecuencia contra los médicos, que no pasaban de ser, a sus ojos, unos simples advenedizos y usurpadores³. Por su parte, éstos

et commentariorum. Medieval and Renaissance Latin Translations and Commentaries, (Washington: The Catholic University of America Press, vol. IV, 1976), pp. 297-422. No cabe duda de que la *editio princeps* de su obra en 1469 facilitó enormemente el acceso a estos conocimientos; a partir de ese momento, la obra de Plinio se convirtió en un buen terreno en el que los humanistas pudieron medir sus propias capacidades intelectuales.

2 Cf. Fco. Rico, *El sueño del Humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Madrid: Alianza, 1993, pp. 96 y ss.

3 A este respecto, cabe recordar las críticas contenidas en las famosas *Invective contra medicum* de Petrarca o las de Boccaccio contra ese mismo colectivo insertas en los libros finales de su *De natura deorum gentilium*. A pesar de ellas, la nómina de médicos eruditos es amplísima, como ha puesto de manifiesto el grupo de estudiosos de la Universidad de Valladolid dirigidos por el prof. E. Montero Cartelle, encargados de rescatar el denominado “Humanismo médico”. Véase, a modo de ejemplo, E.

también mostraron su desacuerdo ante la pretendida “osadía” de unos *grammatici* que corregían los textos sin un conocimiento profundo de la materia allí tratada.

En ese campo de batalla, Plinio el Viejo se convirtió en autor de moda, pues las noticias que ofrecía resultaban preciosas tanto para los interesados en el mundo clásico como para aquellos que, apoyados en su obra, pretendían investigar la realidad circundante. Y es que la *Naturalis historia* era una mina desde la doble perspectiva del filólogo y del científico. De la pasión que despertaban los textos de Plinio es un buen ejemplo la cátedra inaugurada en la Universidad de Salamanca a comienzos del siglo XVI para leer exclusivamente a este autor, que desempeñó el italiano Lucio Flaminio Sículo⁴ y que, a su muerte en 1509, pasó a manos de Nebrija. Éste, una vez asentado en Alcalá de Henares (1513), siguió impartiendo lecciones sobre autores a los que hoy consideraríamos “científicos”; de hecho, hay testimonios que apuntan a su interés por Dioscórides, pues en 1518 publicó en esa misma ciudad complutense la versión latina de ese autor realizada por Jean de la Ruel, a la que añadió un léxico en el que se recogían las correspondencias en lengua vulgar de los

Montero Cartelle, “El médico filólogo en el siglo XVI”, en J. L. García Hourcade-J. M. Moreno Yuste, coords., *Andrés Laguna. Humanismo, ciencia y política en la Europa renacentista*, Valladolid, 2001.

4 Precisamente, Lucio Flaminio escribió un breve comentario al proemio de la obra pliniana, el *Commentariolus in Plinii prohemium*, Salamanca: Juan Gysser, 1504. Para más información sobre este autor y su labor propedéutica en Salamanca, me remito a mi libro *Un siciliano en la corte de los Reyes Católicos. Los Epistularum familiarium libri XVII de Lucio Marineo Sículo*, (Alcalá de Henares: Univ. de Alcalá, 2001), pp.385-406. Tampoco fue ajeno a esa “fiebre pliniana” el humanista milanés, Pedro Mártir de Anglería, autor de un índice en verso de la *Naturalis Historia* editada junto con otros poemas suyos en Burgos ca. 1497. Sobre la presencia de Plinio en las aulas universitarias españolas, *vid.* S. Ramos Maldonado, “Tradición Pliniana en la Andalucía del siglo XVI: A propósito de la labor filológica del Dr. Francisco Hernández”, en M. Rodríguez-Pantoja, ed., *Las raíces clásicas de Andalucía. Actas del IV Congreso Andaluz de Estudios Clásicos*, (Córdoba: Publicaciones Obra Social y Cultural Cajasur, 2006), pp. 883-891.

nombres latinos y griegos de las plantas medicinales y otros productos curativos. Con ello, no hacía sino seguir un amplio programa lexicográfico iniciado con su *Lexicon iuris civilis* (1506), en cuyo prólogo había anunciado ya su intención de componer un *Dictionnarium medicum*⁵, una tarea que no llegó a culminar del todo, aunque subsistieron algunas notas y borradores, rescatados gracias a la diligencia del impresor flamenco J. Steelsio, que decidió incluirlos en su edición del *Dictionnarium latino-hispanicum* de Nebrija en 1545.

Años más tarde, Hernán Núñez, el Comendador griego, profesor en Alcalá y en Salamanca, escribió un sólido trabajo filológico sobre Plinio el Viejo (me refiero a sus *Observationes in loca obscura aut depravata Historiae naturalis C. Plinii cum retractationibus quorundam locorum Geographiae Pomponii Melae*, editadas en Salamanca en 1544)⁶. La nómina de eruditos dedicados a desentrañar los vericuetos del texto pliniano⁷ culmina con la magna traducción al castellano, enriquecida con un extenso comentario, de Francisco Hernández (1517-1587), médico de Felipe II, que se muestra menos interesado por las cuestiones filológicas que por el contenido de la obra. Con todo,

5 Vid. A. Carrera de la Red, *Ael. Antonii Nebrissensis gramm. Opera. Dictionnarium Medicum. Introducción, edición y glosario*, Salamanca: Univ. de Salamanca, 2001.

6 Esta obra se completa con sus *Observationes in loca obscura aut depravata Historia Naturalis C. Plinii a fine XI usque ad finem XXV* y *Observationes in loca obscura et depravata Historiae Naturalis C. Plinii a fine XXV usque ad finem XXXVI*, aparecidos ambos en Salamanca, en el taller de Juan de Junta, en 1544. La obra mereció algunas críticas y correcciones por parte de J. Ginés de Sepúlveda, profundo conocedor del texto pliniano según puso de relieve L. Rivero García, *El latín del "De orbe nouo" de Juan Ginés de Sepúlveda*, Sevilla, 1993. Sobre este particular, vid. S. Ramos, "Tradición pliniana...", art. cit., p. 888.

7 También en nuestra universidad de Alcalá (entonces Complutense) enraizó el estudio de Plinio con obras como las del médico Fco. López Villalobos y su *Glossa litteralis in primum et secundum Naturalis Historia libros* (Alcalá de Henares, 1524). Otros españoles dedicados a los estudios plinianos, sin pretender ahora ser

no deja de reconocer en su prólogo dirigido al soberano (como también en el dedicado al lector) la dificultad de su tarea a causa del cuidadísimo estilo de Plinio:

No es poco desenterrar un tesoro escondido por tantos siglos en las entrañas de su dificultad y adaptar nombres tan peregrinos a cosas que traemos entre las manos, y expresar en nuestra lengua española un estilo de quien está dicho que, si las Musas hablaran, en este lenguaje y no en otro lo hizieran.

Con estas palabras, Hernández reivindica la calidad “literaria” de su trabajo, aunque deja claro que lo que más le preocupa es el carácter práctico de su traducción, pues, como médico, su intención primera y fundamental había sido servir al Rey y a su patria. Esa vocación de servicio le había llevado, en definitiva, a “escribir algo que también aprovechase a los que viven en regiones apartadas y a algunos de los que en los siglos advenideros nos tienen que suceder”. Guiado por ese interés, Hernández no se paró en la simple traducción, sino que quiso adornarla con unas notas en las que, de vez en cuando, comparaba el texto de la *Naturalis Historia* con los conocimientos científicos de su propio tiempo y, sobre todo, con su propia experiencia personal⁸. Así, a

exhaustiva, fueron Juan Andrés Strany, antiguo discípulo de Nebrija en Alcalá, rector de la Universidad de Valencia, autor de unas anotaciones a la obra de Plinio, o Juan de Jarava, que realizó un pequeño compendio sobre “Philosophía natural” a partir de las obras de Aristóteles, Plinio y Platón (dicha obra se imprimió en Amberes en 1546).

8 A pesar de su enorme interés, el texto quedó inédito y fue a parar a los anaqueles de la biblioteca palatina. Tras muchos avatares, las obras completas de Hernández no han visto la luz hasta época muy reciente gracias al trabajo de un grupo de profesores de la Universidad Autónoma de México editores de las mismas (*Obras completas de Francisco Hernández*). La traducción de Plinio realizada por Hernández ocupa los volúmenes IV, V y VI de esos *opera omnia* del insigne erudito: G. Somolinos d’Ardois, ed., *Historia Natural de Cayo Plinio Segundo, trasladada y anotada por el Doctor Francisco Hernández (libros I a XXV) y por Jerónimo Huerta (libros XXVI a XXXVII) y apéndice (libro VII, capítulo LV)*, (México: UNAM, 1976). En 1998 apareció en Madrid, en la editorial Visor, una edición facsímil de esa primera edición, que es la que he consultado para realizar este trabajo.

modo de ejemplo, al hablar del famoso laserpicio, de tan difícil identificación, (libro XIX, 3), Hernández se atreve a arrojar su propia propuesta:

Vana es la opinión de los que piensan ser el benjuí, que hoy se trae de la India oriental, el verdadero laserpicio, pues éste es goma de un árbol grande y el laser antes es hierba. También se engañan los que piensan ser asafétida de los árabes, por ser el laserpicio de Cyrene de buen olor y usado en los mantenimientos (...), pues el asafétida es muy hidionda (...). Yo vi una planta no lejos de la ciudad de México, que los naturales llaman *acocotli* y otros *xalacocotli*, de hojas de smyrnio, corte grande como de férula, raíz negra por de fuera, gruesa, sucosa, muy olorosa, que sospecho sea el verdadero laserpicio.⁹

Este método de trabajo dio sus mejores frutos en su *Historia Natural de Nueva España*, donde Hernández aprovechó sus conocimientos como médico y erudito (aprendió incluso el náhuatl) para describir la flora y faunas americanas¹⁰. En este novedoso trabajo, Hernández no parte de textos previos sino que se deja guiar, como él mismo indica, por sus propios sentidos, pues “en estos libros nuestros de *Historia de las Plantas* nada hay que no hayamos visto con nuestros propios ojos y comprobado por el sabor y olor o por nuestra propia experiencia y la de los otros”. A pesar del innegable valor de estas obras de Hernández, ninguna de ellas vio la luz en vida de su autor¹¹. De hecho, para

9 Algunos autores identifican el *acocotli* (palabra nahuált) con las dalias, flor ornamental cuya difusión en Europa tuvo lugar gracias al envío de sus semillas, ya en el siglo XVIII, por parte del abad Cabanilles (director del Jardín Botánico de Madrid) a su amigo el sueco Dahl (de donde tomó su nombre la flor).

10 Muy cercana a esta obra es su *Materia Mediçinal de la Nueva España* que se encuentra manuscrita en la Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense (ms. 615. 1 HER). Sobre los problemas que plantea esta obra, *vid.* M. Figueroa-Saavedra, “Hallazgo de un manuscrito inédito del doctor Francisco Hernández: *Materia Mediçinal de la Nueva España*”, *Relaciones* 81 (2000), pp. 129-159.

11 Para seguir de manera ágil y rápida el difícil periplo de las ediciones de la *Historia Natural de Nueva España*, me remito al magnífico resumen de J. M^a López Piñero, “Francisco Hernández (1517-1587)” en *Enciclopedia Universal Multimedia Micronet* 1995-2005 (publicación en formato electrónico).

leer a Plinio en español habrá que esperar hasta Jerónimo de la Huerta, otro médico palatino que salpimentó su traducción con algunos comentarios de su propia cosecha, aunque resultan menos jugosos y acertados que los de su predecesor (la obra de Huerta, en dos volúmenes, apareció en Madrid en 1624 y 1629).

Vemos, así, cómo Plinio se convirtió en un autor conocido, leído, estudiado e imitado, pero a su lado hubo otras lecturas que sirvieron de guía y modelo. De vuelta a las primeras décadas del siglo XVI y, sobre todo, a los primeros relatos sobre la conquista, quiero espigar algunos datos que ponen de relieve la importancia del estudio y de los libros en la difícil tarea de los descubrimientos. En esos libros, entre los que Plinio iba a tener un peso especial, los nuevos narradores encontraron respuestas, hallaron ideas, términos e imágenes precisas para contar, referir o simplemente contrastar la propia experiencia. En ese sentido, los conquistadores se encontraron con el formidable escollo que suponía relatar una realidad diferente y objetivamente alejada del mundo descrito en las obras literarias y científicas. Sin duda, los libros de viajes habían retratado ya mundos imaginados e imaginarios, que certificaban la existencia de las amazonas, los monópodos o los hombres salvajes, y que habían corroborado la existencia de plantas y veneros maravillosos, capaces de obrar milagros en quienes comían ciertos frutos o bebían determinadas aguas. Aquellos que acudieron a América tras la senda de Colón, ante la necesidad de contar sus experiencias, hubieron de realizar un difícil ejercicio en que la realidad vista por los propios ojos y la literatura previamente aprendida se entremezclan de continuo: la *Naturalis historia* de Plinio el Viejo, el manual de botánica de Dioscórides, la Biblia, los libros de caballerías o los libros de viajes medievales suministraron abundantes materiales y brindaron imágenes que facilitaron aquella ardua tarea narrativa.

En esos primeros relatos se realizó, por tanto, un ejercicio continuo de comparación entre el mundo de lo aprehendido a través de la literatura (de ficción o científica) y el mundo físico que se ofrecía a los ojos. Esta forma de proceder no obedecía

únicamente al lógico deseo de magnificar las propias experiencias o de embellecer retóricamente los propios relatos: era también fruto de la necesidad de verter en palabras una realidad diferente y absolutamente difícil de expresar sin el apoyo explícito de imágenes. Pensemos, sin más, en la enorme dificultad que por lo común se experimenta a la hora de describir verbalmente conceptos abstractos, sentimientos o novedades absolutas; en tales casos, se recurre a los símiles, comparaciones, metáforas y alegorías,¹² figuras capaces de trasladar al ámbito de lo universal y comprensible lo que no es sino una percepción única e individual. No es de extrañar, por tanto, que en las primeras descripciones del Nuevo Mundo afloran mitos extraídos de las Escrituras o de otras obras literarias previas¹³. Además hay que partir en todo momento del principio de que aquellas tierras se tenían por una parte de Oriente, del que había descripciones anteriores; así las cosas, era ineludible el esfuerzo de identificar lo que se veía con lo que se había leído; de ese modo, para Colón, los habitantes de esas tierras daban la razón a cuantos (tras Jacques de Vitry en su *Historia Orientalis*, quien a su vez partía de la vieja relación acerca de Alejandro Magno y su encuentro con los gymnosofistas) se habían referido a unos pueblos edénicos, de nobles salvajes, en el Este.

Así, la primera descripción de los habitantes de las nuevas tierras hecha por Colón, fechada el 11 de octubre de 1492, hace hincapié en su desnudez, juventud, belleza y bondad

12 Como señala A. Fletcher, *Allegory: The Theory of a Symbolic Mode*, Ithaca: Cornell Univ. Press, 1964, el recurso de la alegoría permite racionalizar, categorizar, codificar y expresar compulsiones sujetas, así como materializar algunos misterios al hacerlos ajenos. Sobre la importancia de la alegoría como recurso literario y algo más, vid. R. Sanmartín-R. Vidal, eds., *Las Metamorfosis de la alegoría. Discurso y sociedad en la Península Ibérica desde la Edad Media hasta la Edad Contemporánea*, Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 2005.

13 Para estos aspectos, me remito al magnífico y documentadísimo trabajo de J. Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento*, Madrid: Alianza Editorial, 1989, 3 vols. Muy útil resulta también M^a J. Lacarra y J. M. Cacho Bleuca, *Lo imaginario en la Conquista de América*, Madrid: Comisión Aragonesa del V Centenario-Diputación General de Aragón, 1990.

innatas¹⁴, con lo que incide en el viejo tópico de la Edad de Oro, si se quiere, del Paraíso bíblico; en atención a esa imagen idílica, Colón refiere su desconocimiento de las armas y su no pertenencia a secta alguna, lo que, en su opinión, iba a facilitar su conversión al cristianismo. Este último dato no era el menos importante, pues la expansión de la doctrina cristiana había sido uno de los argumentos determinantes para expedición en una Castilla que vivía inmersa en un ambiente de Cruzada¹⁵. Los esfuerzos por hacer coincidir el mundo imaginado a través de las lecturas con la realidad se hacen patentes una y mil veces en los diarios colombinos. Junto a las descripciones geográficas, cobran enorme importancia sus comentarios sobre la fauna y la flora, que ni de lejos responden a sus expectativas de encontrar las riquezas de la India mítica. Precisamente, a falta de piedras preciosas y de oro, aquella exuberante naturaleza y, sobre todo, la supuesta abundancia de especias se convirtieron en el medio de mostrar a la Corona la importancia de su hallazgo; de ahí parten sus menciones entusiastas al lináloe, la canela, el ruibarbo y la pimienta. Pero ese entusiasmo inicial se enfrió pronto, pues aquellas plantas no resultaron ser lo que parecían a excepción del ají o pimienta, del que Colón cuenta maravillas (relato fechado del 15 de enero de 1493)¹⁶. Como señala el profesor Gil¹⁷, la

14 Cf. C. Varela, ed., Cristóbal Colón. *Texto y documentos completos*, Madrid: Alianza, 1982.

15 Cf. A. Milhou, *Colón un su mentalidad mesiánica en el ambiente franciscanista español*, Valladolid: Univ. de Valladolid, 1983. Este deseo de propagar la fe católica se presenta como un impulso fundamental en la conquista, según expone repetidamente J. Ginés de Sepúlveda en *De orbe novo*, donde, de forma contraria a De las Casas, las acciones de los españoles se justifican en virtud de su misión evangelizadora (Cf. L. Rivero García-H. Pietschmann, *Juan Ginés de Sepúlveda. Obras completas, vol XI. Del Nuevo Mundo*, Pozoblanco: Ayuntamiento de Pozoblanco, 2005).

16 El texto del Almirante dice lo siguiente: “también ay mucho axí, qu’es su pimienta d’ella, que vale más que pimienta, y toda la gente no come sin ella, que la halla muy sana; puédense cargar cincuenta caravelas cada año en aquella Española”.

17 Cf. J. Gil, “Los ensueños del primer viaje. El Oriente según Colón”, en su *Mito y utopías...op. cit.*, pp. 24-28.

narración de Colón está plagada de ficciones y fantasías nacidas de sus esfuerzos por acoplar la realidad a su idea sobre la India, pues “en esa India que él ha descubierto no puede haber faltas, todo ha de ser superlativo”.

Otros mitos que dejaron su impronta en las descripciones y percepciones de la tierra americana fueron el de la Edad de Oro, las Amazonas (rebatido por Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias*), los gigantes, el reino del Preste Juan o la Fuente de la Eterna Juventud, perseguida por Juan Ponce de León¹⁸. A pesar de aquella idealización primera y de un ejercicio continuo de comparación y, en cierto modo, de equiparación entre lo conocido y lo nuevo, pronto se alzaron voces que apuntaron las profundas divergencias entre lo contenido en los libros y las realidades americanas. No hubo que esperar mucho para llegar al convencimiento de que aquellas tierras no correspondían a la India, como creía Colón; con ese parecer se llevaba la contraria a Aristóteles y Séneca, defensores de la idea de que la costa oriental de la India no distaba mucho de España si se navegaba hacia el Oeste. También se desmontó la creencia de que era imposible encontrar vida en la región equinoccial y, por supuesto, quedó demostrado que los antípodas no andaban cabeza abajo. Se abrió, así, la vía para descubrir nuevas realidades, nunca antes contempladas ni conocidas.

En este sentido, basta leer la obra del milanés Pedro Mártir de Anglería, capellán de la Reina Isabel la Católica, cronista regio, miembro del Consejo de Indias y abad de Jamaica, para conocer las inmediatas repercusiones científicas y lingüísticas de los descubrimientos. Éste reparó enseguida en la importancia y en lo novedoso del hallazgo colombino, no así su colega y amigo Lucio Marineo Sículo, quien en su *De rebus Hispaniae memorabilibus* de 1530, en la parte dedicada a la historia del reinado de Isabel y

18 Cf. J. Gil, “El fin de un mito: La fuente de la Juventud”, en *Mitos y utopías... op. cit.*, pp. 251-282.

Fernando, no otorga tanta importancia al descubrimiento de América, que atribuye a un tal Pedro Colón al mando de treinta y cinco naves (*sic*). De hecho, para el cronista siciliano la única anécdota destacable referida al descubrimiento fue el hallazgo en tierras americanas de una moneda con la efigie de César Augusto (una curiosa historia de dudosa veracidad que casaba bien con su declarada obsesión por mostrar la preeminencia de la Antigüedad grecorromana sobre cualquier otra cultura)¹⁹. Mártir de Anglería, por el contrario, se apresuró a recoger en sus epístolas²⁰ y en su *Decades de orbe novo*²¹ las noticias que traían de los territorios ultramarinos cuantos volvían de aquellas lejanas

19 El relato de Marineo es el siguiente (la negrita es mía): “In una siquidem regione, que continentis esse dicitur, cuius erat episcopus Ioannes Quivetus ordinis minorum, **ab hominibus qui auri querendi gratia terras effodiebant numisma repertum est nomine Cesaris Augusti et imagine signatum.** Quod nactus Ioannes Ruffus, archiepiscopus Cosentinus quasi quid admirabile Romam misit ad Summum Pontificem. Que res nimium nostri temporis navigantibus, qui se prius quam alios illuc navigasse iactabant, gloriam eripuit. Quandoquidem numismatis huius argumento iam constat ad Indos olim pervenisse Romanos” (cito por la edición del *De rebus Hispaniae memorabilibus*, Alcalá de Henares, 1530 [R/9043 BNM]). Este episodio puede ponerse en relación con el que narra Ginés de Sepúlveda, *De orbe novo* II, 11, cuando Francisco Hernández llega a la región de Campecho y encuentra allí *lapideas quasdam cruces in sacellis...staturae humanae longitudine pares, quas in siccitatibus aqua suffundere ab eisque venerabundos pluviam implorare et impetrare solitos esse Barbaros*. Estas cruces, según el cronista, también eran mencionadas por Hernán Cortés en su relación; sin embargo, Ginés de Sepúlveda no se muestra tan crédulo como el italiano, pues “no se ha hallado ninguna otra huella de que en otro tiempo la predicación evangélica hubiera llegado a esas regiones” (cito el texto y la traducción de L. Rivero García, *Juan Ginés de Sepúlveda...Del nuevo mundo, op. cit.*, p. 72).

20 Vid. J. Bauzano y R. Alba, ed., Pedro Mártir de Anglería, *Cartas sobre el Nuevo Mundo*, Madrid: Polifemo, 1990.

21 Como es bien sabido, la crónica de Pedro Mártir sobre el Nuevo Mundo tuvo una publicación azarosa. Así, la Primera Década apareció impresa en Sevilla junto con algunos poemas y su *Legatio Babylonica* en 1511. Según él mismo expone en una carta inicial al Conde de Tendilla, Íñigo López de Mendoza, no tenía intención de publicar esas relaciones sobre el viaje escritas en forma de carta. Sin embargo, su deseo no fue del todo respetado y la obra fue editada por Nebrija, quien reconoce allí mismo que no había hecho sino satisfacer las peticiones de Íñigo López de Mendoza.

tierras. Desde luego, su presencia en la corte facilitó la tarea y satisfizo su curiosidad, pues pudo ver con sus propios ojos, según expone en más de una ocasión, los tesoros que periódicamente recibían los soberanos como pequeña muestra de las grandes riquezas supuestamente ocultas en los nuevos territorios.

Justo en su *Primera Década*, una de las más fiables según sus detractores, entre los que estuvieron Las Casas o Fernández de Oviedo²², en el capítulo I, da cuenta de los extraños alimentos consumidos por los indígenas y, naturalmente, para llegar al lector, se ve obligado a echar mano de hábiles comparaciones²³:

Estos pacíficos isleños se alimentan con raíces, semejantes a nuestros nabos, ya en tamaño, ya en forma, pero de gusto dulce, parecido al de la castaña tierna; ellos les llaman *ages*. Hay otra clase de raíz que llaman yuca, y de ésta hacen pan; pero los *ages* más los usan asados o cocidos que para hacer

Más tarde, ahora sí con el consentimiento expreso del propio Pedro Mártir, Nebrija preparó una nueva edición que incluía las tres primeras Décadas y que vio la luz en Alcalá de Henares en 1516. La edición completa de la obra, que consta de ocho Décadas, se editó de forma póstuma en Alcalá de Henares en 1530.

22 Así, Fernández de Oviedo, en el prólogo de su *Historia General y Natural de las Indias*, apelando al conocido tópico de modestia para afirmar que la materia que ha de historiar es tan grande y su edad tan avanzada que no cree que podrá satisfacer la tarea encomendada por el emperador Carlos V, lanza una primera andanada contra la obra de Pedro Mártir: “Pero será a lo menos lo que yo escribiere historia verdadera e desviada de todas las fábulas que en este caso otros escritores, sin verlos, desde España, a pie enjuto, han presumido escribir con elegantes e no comunes letras latinas e vulgares, por informaciones de muchos diferentes juicios, formando historias más allegadas a buen estilo que a la verdad de la cosa que cuentan, porque ni el ciego sabe determinar colores ni el ausente así testificar estas materias como quien las mira” (cito por la edición de J. Pérez de Tudela Bueso, ed., Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias*, Madrid: Atlas, 1959, p.9 [Biblioteca de Autores Españoles, 117]).

23 En estos fragmentos extraídos de las *Décadas* de Pedro Mártir reproduzco, a fin de facilitar su lectura, la traducción de Joaquín Torres Asensio, aparecida por primera vez en 1892 y que ha sido reeditada en 1989 (Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Madrid: Polifemo, con introducción de R. Alba).

pan, y la yuca, cortándola y comprimiéndola, pues es jugosa, la amasan y la cuecen en tortas. Y esto es lo admirable: dicen que el jugo de la yuca es más mortífero que el acónito, y que bebiéndolo mata al punto; pero el pan de esa masa todos han experimentado que es sabroso y saludable.

Los *ages* se parecen a los nabos, pero, frente a éstos, su sabor es dulce, parecido a las castañas; además, se comen cocidos (más adelante, en la *Década* III, 9, habla de los diferentes tipos de *ages* –hasta nueve-, y en la *Década* II, 9, menciona la *batata*)²⁴. En la descripción de sus alimentos, habla también de algunos cereales:

El pan lo hacen también, con poca diferencia, de cierto trigo harinoso, parecido al que tienen en abundancia los de Insubría y los granadinos españoles. La panocha tiene de larga más de un palmo, tira a formar punta, y tiene casi el grueso del brazo. Los granos están admirablemente dispuestos por naturaleza: en la forma y el tamaño se parecen a la legumbre alverjón; de verdes están blancos: cuando maduran se ponen muy negros; molidos son más blancos que la nieve. A esta clase de trigo le llaman *maíz*.

Esta comparación del maíz (palabra, por cierto, de origen haitiano y documentada por vez primera en los *Diarios* de Colón) con un cierto tipo de trigo o con el alverjón –esto es, con el tito o almorta– es superada por Andrés Laguna, otro médico metido a comentar de un texto clásico, en este caso, la *Materia Médica* de Dioscórides; en el libro II, cap. 88 del *Dioscórides* de Laguna, se identifica el maíz con el “mijo”, el *milium Indicum*, citado también por Plinio el Viejo²⁵:

Tiénesse por mejor y por más nutritivo el mijo que no el panizo. Hállase a cada passo una suerte de mijo llamado turquesco, que produce unas cañas

24 Los llamado “ages” son de la familia de las convolvuláceas (*Ipomea batatas*). Para una mayor información, *vid.* P. Henríquez Ureña, *Para la historia de los indigenismos. Papa y Batata. El enigma del aje. Boniato. Caribe. Palabras antillanas*, Buenos Aires: Ediciones de la Facultad de Filosofía y Letras, 1938.

25 Cito a partir de la edición facsímil del ejemplar del *Dioscórides* presentado a Felipe II publicado por la Comunidad de Madrid, 1991. Sobre Laguna y su *opus magnum*, *cf.* M. Morreale, “La materia medica di Dioscoride tradotta e annotata da

muy grandes, y en ellas ciertas maçorcas llenas de muchos granos amarillos o roxos, y tamaños como garvanços, de los quales molidos se haze pan la ínfima gente, y este es el maíz de las Indias, por donde méritamente le llamó *milium Indicum* Plinio.

Es curioso comprobar que el dibujo que ilustra el texto de Laguna en la edición de 1555 corresponde claramente al maíz que todos conocemos; a pesar de ello, no deja de llamar la atención el cruce de nombres, que se explica sencillamente por el hecho de que, a su llegada de América, el maíz fue identificado rápidamente con el mijo (el *milium*, el cereal del que hablaba Plinio), y de hecho es el nombre por el que todavía se conoce en muchos lugares. Laguna realiza por tanto esa asociación y lo más que hace es hablar de un tipo de mijo, el turquesco (*sic*), también llamado “maíz de las Indias”, con lo que encuentra apoyo en el término pliniano obviando la errónea identificación geográfica de la India con el Nuevo Mundo. Otra nota curiosa al respecto nos la ofrece Covarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana* (1611), donde reproduce al pie de la letra la descripción de la planta hecha por Laguna. De todos modos, no deja de llamar la atención la escasa presencia de la flora del Nuevo Mundo en la obra de Laguna, quien desde el mismo prólogo de su traducción y comentario pone de manifiesto su intención de contrastar el texto del original con su conocimiento personal de las plantas gracias a sus viajes o a través de amigos y conocidos (“y finalmente quán sin duelo gasté la mayor parte de mi caudal y substantia en hazerme traher de Grecia, d’Egypto y de Berbería muchos simples exquisitos y raros, para conferirlos con sus historias no pudiendo por la malignidad de los tiempos ir yo mesmo a buscarlos a sus propias regiones”). Hay referencias, por tanto,

Andrea Laguna, Medico di Giulio III (1555)”, en *Atti dei Convegna Lincei. Incontro Scientifico Italo-Spagnolo*, Roma, 1995, pp.91-105. Muy interesantes resultan también los trabajos de A. Gómez Moreno, “La resurrección de Dioscórides y la edición comentada de Laguna”, *Criticón* 79 (2000), pp. 107-122, y M. A. González Manjarrés, *Andrés Laguna y el humanismo médico*, Salamanca, Junta de Castilla y León, 2000.

a sus viajes por Europa, pero poco interés por las plantas que llegaban de ultramar, un ámbito que se antojaba muy diferente al descrito por los autores clásicos, objeto principal de su estudio.

De vuelta a Pedro Mártir, resulta igualmente interesante la carta en que da cuenta de las sorprendentes costumbres de Tenochtitlán y su no menos curiosa moneda (*ep.* 717, fechada en marzo de 1521):

Los frutos de las provincias son innumerables, las hortalizas muy diversas y muy diferentes de las nuestras. Usan moneda, pero no de metal, sino de nuececillas de ciertos árboles, parecidas a la almendra, que se crían en muy pocos lugares, abundantes en agua y resguardados de los vientos....No obstante, oíd lo útil que es esta nuececita monetaria. Aunque tiene meollo, no es comestible, porque su sabor es amarguillo y porque cuando es tierna se maja como la almendra sin cáscara y con ese polvo se hace un excelente vino, que únicamente es saboreado por los príncipes.

No podemos sino reparar en su forma de describir el cacao, pues es lo que hace en el pasaje previo al referirse a una pequeña nuez, parecida a una almendra, cuyo interior es amargo y con el que se prepara un "vino excelente" sólo apto para los príncipes. Cuando en su *Quinta Década*, basada, como él reconoce en las cartas enviadas por el propio Hernán Cortés desde México, refiere este mismo episodio, cambia sólo algunos datos e introduce el nombre del producto:

Ya dije que la moneda corriente de ellos es cierto fruto de unos árboles parecidos a nuestra almendra, que llaman *cacao*. Tiene dos utilidades: sirve de moneda, y la almendra aprovecha para hacer una bebida. Por sí no vale de comer, porque es algo amarga, aunque tierna como la almendra; pero triturrándola se guarda para hacer esa bebida, y echando en agua una porción de aquel polvo y revolviéndola un poco, resulta una bebida digna de un rey.

Y es que, además de la ponderación del oro, plata y perlas que venían de América (y recordemos que la búsqueda de estos ricos metales fue un importante acicate para la conquista, extendida merced a esta "fiebre del oro"), los conquistadores mostraron pronto su sorpresa ante el rico mundo vegetal, absolutamente

distinto y extremadamente exuberante. En esta naturaleza tan distinta confiaban encontrar múltiples riquezas, pues no en vano se iba en pos de una nueva ruta de las especias en clara pugna con Portugal, que había alcanzado su meta bordeando el Cabo de Buena Esperanza²⁶; de ahí que algunos bautizaran ciertas plantas con el nombre de otras verdaderamente anheladas (Pedro Mártir de Anglería, *Décadas*, I, 9):

Trajeron muchos trozos de los árboles que suponen ser del cinamomo y del jengibre; mas esto no útil, porque no está adobado, como dicen para excusarse de que no han traído ninguna otra cosa preciosa. (...) Detrás de ellos, también otros, por emulación de sus vecinos, recorrieron por el Mediodía trechos larguísimos (...). Éstos encontraron también caña-canela y aquella cosa preciosa para quitar con su sahumero la pesadez de cabeza, que los españoles la llaman en eldo blanco o "blanco de aire" (*animae album*).

Posiblemente ese remedio contra la "pesadez de cabeza" (curiosa descripción de los "tizones" de los que hablaba Colón en su Diario) sea el tabaco, tan perseguido hoy por la autoridades sanitarias²⁷. Una curiosa mención al tabaco la encontramos también en el *Tesoro de la lengua Castellana* de Covarrubias²⁸:

26 Cf. M^a J. Lacarra y J. M. Cacho Bleuca, *Lo imaginario...op. cit.*, p. 69: "En la primera época de la conquista americana, los motivos principales que atraían las expediciones hacia el interior consistían en la búsqueda de pasos hacia lo que llamaban el mar del Sur, el Pacífico en nuestra denominación, y el comercio de especias con el Oriente, la esperanza de encontrar imperios escondidos con grandes riquezas y el deseo de descubrir minas o tierras fértiles que favoreciesen el asentamiento".

27 Sobre las infinitas discusiones que suscitó el tabaco y su introducción en Europa, *vid.* F. Rodríguez de la Flor-G. Labrador Méndez, "Baroque Toxicology: Discourses on Smoke and the Polemics of Tobbaco in 17th Century Spain", *South Atlantic Review* 72 (2007), pp. 111-142.

28 Cito por la edición facsímil de esta obra preparada por M. de Riquer para la Real Academia y reeditada en Barcelona, 1998. Por ese motivo, mantengo las numerosas erratas que salpican su cita de Plinio, que, además, ni siquiera es de Plinio. En este caso, Covarrubias atribuye al insigne enciclopedista latino unas palabras que no son suyas y que parten de unos comentarios sobre el heléboro a propósito del dicho clásico *bibe helleborum*, que aparece en los *Adagia* de Erasmo y, por lo que he podido comprobar, también en los *Adagia* de Paolo Manuzio.

Yerba bastante conocida, que reducida en polvo se toma para expeler las humedades del cerebro. Algunos le toman buscando el gusto que perciben o aprehenden en el olfato, con tanto vicio que no faltó quien dixesse que tiene hechizo, por ver la fatiga y solicitud con que lo buscan y se melancolizan estos cofrades del tabaco cuando les falta. Pero hemos de confesar que no es más que vicio... Esta yerva es tan antigua que se usaba en tiempo de Plinio, como dize en el lib. 25 de su *Natural Historia*: "Antiquitus plurimus usus suit huius herudae ad levanda capitis vitia".

Como se ve en todos estos ejemplos, uno de los recursos más socorridos para hablar del mundo natural de aquellos lejanos parajes era la comparación de esas plantas (y, por supuesto, los animales) con otras conocidas en el Viejo Mundo (de hecho, como señalan Corominas-Pascual, el término "tabaco" podría ser anterior a la planta americana, con lo que estaríamos ante un procedimiento semejante al operado en la identificación del maíz con el mijo)²⁹. Sin embargo, en otras muchas ocasiones, la realidad se impuso y no hubo más remedio que admitir el nombre indígena una vez que importaron el producto o el principio activo obtenido a partir de esos vegetales (Pedro Mártir, *Décadas*, II, 9):

Los del Darién tienen muchas clases de frutas de árboles indígenas, de vario sabor y saludable uso para los hombres...Cultivan el árbol *guayano*, que da una fruta muy semejante a la de los cidros, vulgarmente llamados limones, de sabor agrio mezclado con dulce. Abundan asimismo de piñones y de dátiles varios, mayores que los que nosotros conocemos, pero que por su aspereza no valen para comer...El *guaraná*, que es mayor que el naranjo, cría una fruta grande, igual que la cidra. Hay otro árbol casi como el castaño; da un fruto semejante a un higo, más grande, de dulce y saludable sabor. El *mameyo* es otro árbol que produce un fruto del tamaño

29 Vid. J. Corominas-J. A. Pascual, *Diccionario Crítico Etimológico Castellano e Hispánico*, Madrid: Gredos, 1980-1991 (6 vols.): "La planta y la costumbre de fumar sus hojas son oriundas de América, pero el origen de la palabra es incierto; consta que *tabacco*, *atabaca* y formas análogas (procedentes del ár. *tabbâq* o *tubbâq*) se emplearon en España y en Italia desde mucho antes del descubrimiento del Nuevo Mundo, como nombre de la olivarda, del eupatorio y de otras hierbas medicinales, entre ellas algunas que mareaban o adormecían, y es posible que los españoles transmitieran a la planta americana el nombre europeo porque con ella se emborrachaban los indígenas" (vol. 5, p. 351).

de la naranja, y cuyo sabor no es inferior al del más rico melón...El *hovos* es otro que cría una fruta de forma y sabor muy semejante a las ciruelas, pero algo mayor; éste creen que es el *mirobálano*. Este árbol es tan peculiar de la Española que los cerdos se ceban con su fruto.³⁰

No puedo resistirme a incorporar otros comentarios contenidos en ese mismo pasaje de la *Década Segunda*, que hacen referencia a la piña, que el propio rey Fernando llegó a saborear, aunque el cronista se queja de que las que él pudo ver llegaron podridas tras la larga travesía, y a las *batatas*:

Otra fruta dice el invictísimo rey Fernando que ha comido, traída de aquellas tierras, que tiene muchas escamas y en la vista, forma y color se asemeja a las piñas de los pinos; pero en lo blanda al melón, y en el sabor aventaja a toda fruta de huerto; pues no es árbol, sino hierba muy parecida al cardo o al acanto. El mismo Rey le concede la palma. De ésa no he comido yo porque de las pocas que trajeron sólo una se encontró incorrupta, habiéndose podrido las demás por lo largo de la navegación. Los que las comieron frescas donde se crían, ponderan admirados lo delicadas que son. Cavan también de la tierra unas raíces que nacen naturalmente, y los indígenas las llaman *batatas*; cuando yo las vi, las juzgué nabos de Lombardía o gruesas criadilla de tierra. De cualquier modo que se aderecen, asadas o cocidas, no hay pasteles ni ningún otro manjar de más suavidad y dulzura.

Esta incorporación de nuevas palabras, de americanismos, atrajo ya la atención de Antonio de Nebrija, el primer editor de las *Décadas* de Pedro Mártir, que incluyó un breve glosario de voces como apéndice a la obra en un alarde de buen quehacer filológico, muy en la línea de sus intereses eruditos. Dicho glosario, que sigue un orden alfabético, no es muy extenso y recoge por lo común nombres propios de algunos caudillos y de distintas

30 De estos árboles aquí citados, el mameyo es también conocido como *mamey* (*mamea americana* L.), que aparece citado igualmente en la obra de Martín Fernández de Enciso, *Suma de Geografía*, Sevilla, 1519, donde señala que su fruto "es grande como un ovillo, de color parda. Tiene dentro tres cuescos; la carne della es como la del durazno, tirante en colorado". Para más información acerca de este árbol, *vid.* V. M. Patiño, *Plantas cultivadas y animales domésticos en América equinoccial*, tom. I: *Frutales*, Cali, 1963 (hay edición digital en la *Biblioteca virtual Luis Ángel Arango del Banco de la República* <http://www.lablaa.org/blaavirtual/donacion/dbot1ob.htm>).

regiones nombradas en la obra; junto a ellos, también se recogen nombres de plantas. En todos los casos, las voces indígenas aparecen con tildes para facilitar su correcta pronunciación, pues, como indicaba el propio Nebrija, su intención era enseñar nuevas palabras *simul cum novis mirandis rebus*. No busque aquí el lector ningún tipo de información suplementaria que le ayude a conocer mejor esas plantas y frutos extraños, pues lo único que se ofrece es una definición en latín lo más precisa y clara, para lo que se sirve de sencillas, y en ocasiones poco exactas, comparaciones; así, *battáta: radicis generale nomen*; *iúca: radix ex qua efficitur panis*; *maguái: herba est ut semperviva*, o *maizium: granum ex quo conficitur panis*, por poner sólo unos cuantos ejemplos de los 29 términos vegetales incluidos.

Tanto en su caso como en el de Pedro Mártir, nos hallamos ante estudiosos que, sin rechazar el mundo de las *auctoritates* clásicas, se muestran abiertos a incorporar tales novedades.³¹ Esta forma de proceder es especialmente reseñable en el caso del italiano, que utiliza el latín para transmitir su crónica, en la que, gracias al molde epistolar, vierte sus agudos juicios y sus opiniones personales sobre los objetos, noticias y personas que llegaban de Ultramar. En realidad, Pedro Mártir no visitó jamás las nuevas tierras, ni tan siquiera su amada Jamaica, lo que demuestra su maestría como hábil narrador de las historias contadas por otros y su innata curiosidad intelectual, acorde con la de sus correspondientes.³² De la creencia ciega en un recién descubierto Edén, se pasó a reconocer la dureza y fiereza de algunos

31 Entre esas autoridades, Mártir de Anglería muestra conocer la obra de Plinio, según ha puesto de manifiesto M^a L. Arribas, "Ecos de Plinio el viejo en las *Decades de Orbe Novo* de Pedro Mártir de Anglería", en J. M^a Maestre-L. Charlo-J. Pascual, eds., *Humanismo y Pervivencia del Mundo Clásico. Homenaje al prof. Fontán*, Cádiz-Alcañiz, [en prensa].

32 Como se demuestra, por ejemplo, en sus pesquisas sobre las perlas (*Décadas*, III, 2), pues, según dice, ha encargado a su amigo el capitán Pedrarias que averigüe si las observaciones de Aristóteles y de Plinio sobre las mismas son verdaderas.

indígenas. El texto, además, no sólo da cuenta de las hazañas bélicas de la conquista, pues abundan los detalles etnográficos (con una extensa narración sobre los mitos y creencias de esos pueblos) y noticias variopintas sobre geografía, zoología (con una interesante descripción de los marsupiales, especie de monstruo “con cara de zorra, cola de mono, orejas de murciélago, manos de hombre, pie de mona, que adonde quiera que va lleva a sus hijos en un vientre exterior a modo de bolsa grande” [Déc. I, 9]) y, por supuesto, la flora. Tras Pedro Mártir, muchos de los cronistas de Indias, algunos de ellos verdaderos autores de memorias, no dejaron de manifestar su estupor ante las maravillas sin cuento que ofrecía el nuevo continente. Todos ellos reconocieron lo extraño del paisaje y de sus gentes y hubieron de echar mano de diferentes recursos, más o menos literarios, más o menos eruditos, para contar al mundo aquello que se ofrecía a sus ojos.

Algunos escritores especialmente formados procuraron ofrecer una descripción más científica de esas realidades. Entre éstos, destaca el ya mencionado Gonzalo Fernández de Oviedo, que se jacta de brindar un conocimiento de primera mano sobre la historia y la naturaleza del Nuevo Mundo³³. Fernández de Oviedo, lector y admirador de Plinio³⁴, cuya autoridad y ejemplo sigue desde el libro primero de su *Historial General y Natural de las Indias*, ofrece un minucioso reconocimiento de la flora y fauna americanas, que le sorprenden y sobrepasan por su abundancia y novedad.³⁵ De ese modo, él mismo se erige como un nuevo Plinio,

33 Sobre este historiador, *vid.* J. Pérez de Tudela, “Estudio Preliminar. Vida y escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo”, en su edición de la *Historia General y Natural de las Indias*, Madrid, 1959, pp.VII-CLXIX. Una aproximación más sucinta es la de M. Ballesteros, *Gonzalo Fernández de Oviedo*, Madrid, 1981.

34 Así, al comienzo del libro I, Fernández de Oviedo reconoce expresamente su deseo de tomar a Plinio como modelo: “Mas porque en alguna manera yo entiendo seguir o imitar al mismo Plinio (no en decir lo que él dijo, puesto que en algunos lugares sean alegadas sus auctoridades como cosa deste jaez universal de Historia Natural, pero en el distinguir de mis libros y géneros dellos, como él lo hizo)...”.

35 Antes de publicar ese *opus magnum*, Fernández de Oviedo había publicado un *Sumario de la Historia Natural de las Indias*, Toledo, 1526, donde se circunscribía a

dispuesto a describir los árboles que aparecen ante sus ojos, tan abundantes y variados que ni siquiera “los indios naturales los conocen, ni saben dar nombres a la mayor parte de ellos” (palabras entresacadas del proemio al lib. IX). Tras los árboles, describe, en pos del modelo de la *Naturalis Historia* pliniana, los arbustos y especies herbáceas. Hay incluso sitio para hablarnos de aquellas especies recién llevadas de Europa a América que, como la caña, se habían convertido en una importante fuente de riqueza. Este programa general inspirado en Plinio se rompe por su deseo de dar cuenta al mismo tiempo de algunos acontecimientos relativos a la conquista, pues, “aunque sean fuera de la Natural Historia, serán muy necesarias a ella para saber el principio e fundamento de todo”. En esta pretensión de referir lo visto y de compararlo con lo ya conocido, adivinamos a un hombre metódico, curioso y buen lector de la principal enciclopedia de la antigüedad, de la que incluso tomó prestado el título para su obra.

Su conocimiento directo de las tierras americanas (las islas y la Tierra Firme, como él dice) le permite superar a Pedro Mártir por la prolijidad y minuciosidad de sus descripciones, como se ve en el caso del maíz. Dada la importancia de ese producto, le reserva el comienzo del importante libro VII, dedicado a la agricultura, en el que además da noticias ciertas y muy precisas sobre algunas de las plantas citadas y descritas de oídas por Pedro Mártir de Anglería (yuca, maíz, ajos o batatas); a éstas añade Fernández de Oviedo muchas más, en un encomiable esfuerzo por ofrecer a los lectores un fiel reflejo de la naturaleza del Nuevo Mundo³⁶. Justo al comienzo de este libro séptimo, nos cuenta cómo siembran los

la exposición de la flora y fauna americanas. En ese libro, dedicado al emperador Carlos V, el propio cronista informa sobre la importancia de sus propias experiencias y de sus recuerdos en la confección de la obra.

36 Cf. E. Álvarez López, “La Historia Natural en Fernández De Oviedo”, *Revista de Indias*, 17 (1957), pp. 541-601. Sobre la importancia de la obra de Oviedo por sus descripciones de la naturaleza, *vid.* R. Álvarez Peláez, *La conquista de la naturaleza americana*, Madrid, 1993.

indios el maíz provistos de palos con los que hacen un agujero en tierra para depositar allí unos cuantos granos y cerrar acto seguido con el pie el agujero practicado; a continuación, se refiere al tiempo que tarda la planta en crecer y a la necesidad de guardar las plantaciones para que las aves no la malogren; en este mismo pasaje, no deja de resultar curiosa su mención a las *barbacoas*, descritas como unos andamios de “madera e cañas, e cubiertos como ramadas (por el sol e el agua)” puestos en los campos de maíz para que, encaramados allí, los jóvenes espanten con sus voces a los papagayos “e otras aves que vienen a comer los maizales”.

En ese mismo capítulo, Fernández de Oviedo explica las diferentes formas de consumir el maíz: bien crudo, cuando aún está tierno, o molido y cocinado de varias formas, una vez espigado; la manufactura del pan de maíz ha alcanzado su máximo desarrollo en México (Nueva España), donde se confeccionan unas tortas delgadas llamadas *tascalpachon* “y es muy buen pan sabroso”. Según el propio cronista, la llegada de los “cristianos” supuso una mejora adicional al cocer este pan “en horno a la manera de España, e es más sabroso e más lindo en la vista, así cocido, en roscas o tortas”. Sin embargo, su amplia referencia al maíz no podría quedar completa sin remitirse al famoso *milium indicum* citado por Plinio (identificación que también encontramos en el *Dioscórides* de Andrés Laguna). Tanto en éste como en otros casos, Fernández de Oviedo se apoya en el texto de Plinio, que cita en muchas ocasiones, y lo contrasta con su propia experiencia para darnos cuenta de las plantas, su aspecto, gusto, textura así como la forma de cultivarlas e incluso, como última prueba fuego, su posibilidad de que lleguen a España por mar en función de su durabilidad tras la recolección.

Este viaje de ida y vuelta contribuyó a ampliar los conocimientos a uno y otro lado del Atlántico, pues, en ocasiones, los nuevos productos se aclimataron en España y Europa, como le ocurrió, por seguir con el ejemplo citado por Oviedo, al propio maíz, que había visto plantado cerca de Ávila (eso sí, regado

gracias a una noria). Ni qué decir tiene que fueron también muchos los productos que desde Europa cruzaron el mar, según se expone de manera más sistemática en el libro VIII, donde hace “una breve relación en que se expresen los árboles y plantas que se han traído de España, que en esta isla ni en el imperio destas Indias no las había”.

Por supuesto, como hemos visto en Pedro Mártir, a ciertos productos de América se les dieron nombres europeos preexistentes; de ese modo, los viejos términos pasaron a designar nuevas realidades. Los conquistadores, por ello, llamaron “piña” a una fruta deliciosa, mencionada ya por Pedro Mártir (la *pigna* que, como neologismo, recoge Nebrija en su glosario, en un intento por distinguir, al menos en latín, la diferencia entre este fruto y la conocidísima *pineae*) y descrita con gran detalle por Oviedo, quien no deja de comparar esta piña, tropical, con nuestra piña piñonera:

Hay en esta isla Española unos cardos, que cada uno dellos lleva una piña (o, mejor diciendo, alcachofa), puesto que, porque parece piña, las llaman los cristianos piñas, sin lo ser (lib. VII, 14).

En ese intento de describir sus cualidades, reconoce que la fruta tiene “hermosura de vista, suavidad de olor, gusto de excelente sabor”; así, “oliéndola, goza el otro sentido de un olor mixto con membrillos o duraznos o melocotones, y muy finos melones”. Del mismo modo, ha de describir y contrastar con sus conocimientos previos los plátanos (en realidad, los plataneros y su fruto), pues “hay una fructa que acá llaman plátanos, pero en la verdad no lo son”. Su descripción del platanero es prolija; de la fruta nos dice que, desprovista de cáscara, se parece a un “tuétano de vaca”. Una vez más, asienta su relato en su fuente pliniana para describirnos los plátanos europeos (*platanus orientalis*), cuya única utilidad es dar magnífica sombra, y concluir que las plataneras, llamadas erróneamente plátanos, no pueden ser la misma especie, pues ni dan sombra ni defienden a nadie de la lluvia, “antes parece que llueve más debajo de ellos, porque las

mismas hojas hacen innumerables goteras, porque pocas están del todo enteras, sino rompidas en muchas partes, fechas tiras al través". De igual modo, los "cristianos" bautizaron con el nombre de "ciruelo" a un árbol que los nicaragüenses llamaban *xocot* (del que Fernández de Oviedo piensa que no es sino una variedad del famoso *hobos*) y con el de "níspero" al *munonzapot*, y llamaron "higo del mastuerzo" a la exquisita y hoy en día apreciada papaya, fruta producida por un árbol que Oviedo considera simplemente un tipo de higuera.

A lo largo de toda su obra, Oviedo da cumplidas muestras de su interés por los diferentes tipos de plantas y sus posibles usos, entre los que no desdeña los medicinales, aprendidos de los propios indígenas. Sus prolongadas estancias en tierra americana, su indiscutible habilidad literaria (no olvidemos que Oviedo fue un autor prolífico), así como sus sucesivos cargos políticos y administrativos forjaron su perfil como cronista de Indias, una actividad en la que mostró su fascinación por el hombre y la naturaleza. Como señala Pérez de Tudela en el extenso prólogo a su edición de la crónica de Oviedo³⁷, éste se presenta aquí como un hombre dotado de "las extraordinarias facultades de agudísimo y metódico observador, que le confieren un puesto preeminente en la historia de la ciencia".

Precisamente, esa historia de la ciencia llegó de la mano de aquellos escritores y hombres de acción que hablaron de sus descubrimientos y que incluso trajeron tales novedades consigo, lo que hizo posible que otros tuvieran acceso de primera mano e indagasen posibles usos y aplicaciones. El mundo natural americano, entrevisto como grandiosa manifestación de la divina Providencia, fue objeto de estudio apasionado para unos pocos. Especialmente fascinante fue el rastreo de nuevos remedios para enfermedades devastadoras, verdaderas pandemias como el mal francés o sífilis, al que algunos atribuyen un origen americano.

37 J. Pérez de Tudela, ed. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias,...*, op. cit., p.CXLI.

Pienso concretamente en el guayaco, leño índico, leño santo o palo santo, especie a la que el doctor Laguna dedica el más encendido elogio en el capítulo relativo al ébano, pues “trahense comúnmente dos especies de leño Índico, de las quales una es muy gruessa...; la otra es sin comparación más delgada” y, además, según él, mucho más efectiva en la lucha contra el “mal Francés” y otros males como la hidropesía o las fiebres quartanas. Para su buen uso, sólo hacía falta preparar unos jarabes que, administrados a su debido tiempo, curarían a los enfermos. De todos modos, como señala el ilustre médico, los continuos viajes habían proporcionado un sinfín de nuevos remedios “peregrinos y estraños”, tantos que los pobres enfermos “cuytados ya no osan curarse y están suspensos, como el otro desnudo y muerto de frío que trahya sobre el hombro no sé cuántas varas de paño, hasta ver en qué paravan los trages”.

Al cierre, no obstante, deseo destacar el caso de otra deslumbrante obra científica, la compuesta por Nicolás Bautista Monardes y Alfaro (ca. 1493-1588). Me refiero, sí, a la *Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales*, aparecida en 1574 y traducida a diferentes lenguas (latín, italiano, francés, inglés y alemán), que alcanzó las 19 ediciones en vida del autor. Aquí no nos hallamos ante un cronista más o menos formado, con un interés general por la flora y fauna y sus posibles usos prácticos para los habitantes de Nueva España, sino de un médico sevillano que aprovechó su privilegiado contacto con las novedades americanas para destacar, como señala en su prólogo, “las cosas que traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en medicina”. Gracias a esa labor, apoyada también en el estudio de los diferentes jardines botánicos que proliferaban entonces en Sevilla, describió por primera vez varias especies vegetales y realizó una importantísima labor al anotar las diferencias y similitudes con los productos de la farmacopea clásica³⁸. Por esa

38 Cf. F. Guerra, *Nicolás Bautista Monardes. Su vida y su obra* (ca. 1493-1588), México, 1961; J. M^a López Piñero, *La “Historia Medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales” (1565-1574) de Nicolás Monardes*, Madrid, 1989.

labor, Monardes mereció el título, junto con Valerius Cordus y Charles de l'Escluse (Clusius), de "padre" de la farmacognosia.

En definitiva, el encuentro de una Antigüedad rediviva con un presente que se antojaba -y no faltaba razón- radicalmente nuevo y la feliz conjunción de las Humanidades, que facilitaron el acceso a esos viejos *auctores*, con unas Ciencias que se beneficiaban del encuentro de dos culturas milenarias (como lo demuestra a cada paso el fascinante *Libellus de medicinalibus Indorum herbis* [1552], manual escrito originalmente en náhuatl por Martín de la Cruz y traducido al latín por Juan Badiano)³⁹ revolucionaron la Botánica y la Medicina: Dioscórides, Plinio el Viejo, Ptolomeo, Estrabón o Pomponio Mela constituyeron una base inexcusable para adentrarse en el conocimiento de lo desconocido y suministraron a los arrojados viajeros y conquistadores el material necesario para transmitir al resto de Europa sus peculiares e interesantes descubrimientos. A modo de colofón, vale citar las palabras con que concluye el bachiller Martín Fernández de Enciso su *Suma de Geografía* (Sevilla, 1519), donde declara que sus fuentes han sido "así como la suma de muchos y auténticos autores: la historia batriana, los dos Tholomeos, Eratóstenes, Plinio, Strabon, Iosepho, Anselmo, la Biblia, la General Historia, y otros muchos, y la experiencia de nuestros tiempos que es madre de todas las cosas".

TERESA JIMÉNEZ CALVENTE
UNIVERSIDAD DE ALCALÁ

39 Existe una edición facsímil de esta interesante obra en México: Fondo de Cultura Económica, 1991-1996.